

O-85 - 10/17/15  
9/18/15

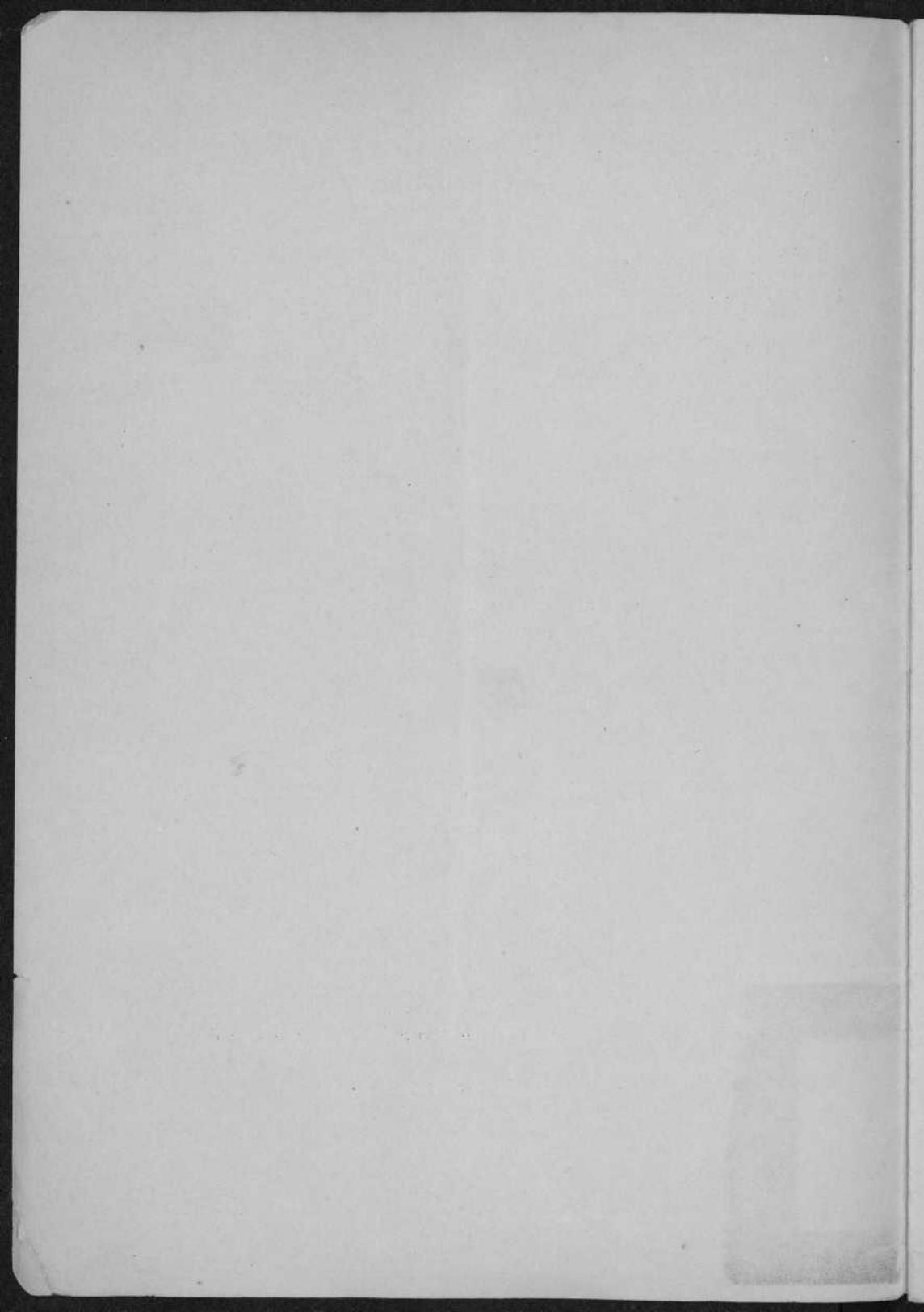
# El problema religioso por dentro

POR  
MARTÍN D. BERRUETA,  
PROFESOR DE LA  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.



SALAMANCA:  
IMPRENTA DE CALATRAVA,  
REGENTADA POR  
MANUEL P. CRIADO.  
AÑO 1910.

10751



EL PROBLEMA RELIGIOSO

B.P. BURGOS
N.R. -----
N.T. -----
C.R.
-----
-----
-----

EL PROGRAMA BELINO



# EL PROBLEMA RELIGIOSO POR DENTRO

DISCURSO POR

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA

LEÍDO

en el Certamen  
de la Academia de Ciencias Sociales de Burgos,  
el 3 de Julio de 1910

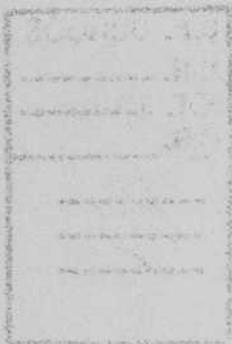


B.P. BURGOS
M.R.
N.º. 133521
C.B.
1915
(18)
-----
-----

IMPRESA DE CALATRAYA,  
REGENTADA POR MANUEL  
P. CRIADO.—SALAMANCA.—  
1910

# EL PROBLEMA RELIGIOSO POR DENTRO

MARTIN DOMINGUEZ BERRIOEJA



IMPRESA DE LA LITOGRAFIA  
MONTANA POR MARCEL  
F. GONZALEZ - CALZADA  
1912

---

Señoras:

Señores:

**L**o habéis querido así y yo tengo que rendirme á vuestra voluntad. Fácil me hubiera sido el encastillarme en las resistencias de mi pobreza real, echando al paso de vuestro cariñoso y honrosísimo ruego razones bien fundadas, no pretextos ni disculpas, ni halagos de falsía y de pedantesca inmodestia; pero de esa suerte no ganaba nada en vuestra consideración y afectuosa amistad; se podía sospechar que yo era insincero, egoísta estimador de mí mismo, ansioso de vuestros apremios y rogaciones.

Os confieso, como leal amigo, que huyo, con espanto de la sequedad del formulismo, de esas cumplidas fórmulas que todos oímos á conciencia de que no dicen verdad.

Por eso, á la carta del digno Presidente de esta Academia de Ciencias sociales, portadora de la colmada benevolencia vuestra para conmigo, agobiándome con la designación de mi personalidad para mantener este Certamen, que tan alta pone la raya de afanosos amantes de la cultura, contesté en liso castellano: «Mi querido Zumárraga, eso es mucho para mí». Sería sencillamente tonto que yo emplease, palabras y tiempo, en la probanza de la negativa valía mía. Vosotros conocéis para lo que puede utilizarse mi cooperación: lo que soy, lo que valgo, la realidad de mi nombre y de mi voz, sean cua-

les fueren su cantidad, su calidad, su extensión y su fuerza, eso ofrezco, eso brindo generosamente, con largueza. No me podéis exigir la responsabilidad de la enorme equivocación de que soís vosotros culpables al traerme á este sitio y confiarme el lucimiento de vuestra fiesta. Yo soy la víctima gustosa, de propiciación.

Si yo os escatimase algo ó anduviese en regateos, de lo que yo llamo mío, sería mentira mi amor á Burgos, me andaría yo engañando cuando aquí pongo siempre mis idealismos, en esta vuestra hermosa ciudad, en la que yo he vivido la vida más rica de mis ilusiones y de mis amores.

Me parece que estoy, en plena justificación, para seguir adelante y daros cumplimiento á la medida y satisfacción de mi ilimitado anhelo por complaceros y por servirlos.

No esperéis estudios fundamentales; no es ocasión propicia ni yo sé hacerlos. No traigo tampoco tesis ni definiciones dogmáticas. En brevedad, yo os lo prometo, dejaré que vayan pasando, ante vosotros, impresiones mías, apuntes, rasgos de observación, sobre el llamado problema religioso, tal cual yo lo siento y sin que traigan mis palabras resolución de autoridad, ni sean crítica á lo que pudiera ser estado actual de negociación positiva. Que todo es menester advertirlo para desarme de agudezas y precocidades maliciosas. En la serenidad de la contemplación, en la soberanía del pensamiento y del estudio, podemos movernos tranquilamente y decir mucha verdad, toda la verdad. Podrán alegarse reglas de convencionalismo en otros momentos; pero cuando se trata de echar luz, de poner vida en el problema, de afrontarlo con decisión, de buscar un bien, lo que todos sabemos y murmuramos es necesario decirlo en alta voz y cortar por lo sano, para salud y vigor.



De las cuestiones sociales se ha hecho una disciplina aparte. En las mismas orientaciones de los estudios eclesiásticos,

aun iniciando tendencias y vocaciones, la novedad está en lo social, con una especialísima demarcación y con todo un tinglado de instituciones, para la acción católico-social.

Y sucede que, el dedicarse á esto de la sociología, es cosa muy estimada, como en grado superior é independiente de otros ministerios de instrucción y de apostolado. La acción de celo religioso, el ir en busca del pueblo, se ha echado por esos caminos.

Estoy apuntando hechos. Apenas consiento asomos de crítica y apreciación particularísima. No puedo disimular el miedo que tengo á que eso de buscar al pueblo no se arraigue en un popularismo que lo aficione á delicadezas de espíritu, que no se abaje hasta él para quedarse allí abajo.

De la política..... ¿quién no echa su cuarto á espadas, desdeñando la política, hablando mal de los políticos, huyendo de la vida política como de cosa encanallada y vil?

Daño gravísimo, desviación lamentable del sentido público, idea menguada, conciencia de ruindad de ciudadanos. ¡Así nos luce la ropa!

Los que ponéis la lengua al desprestigio de la política, que por egoísmo tenéis bastante con meteros en casa y llorar los malos tiempos que corren, no cumplís con los deberes de ciudadanos. No tenéis derecho á ninguna de esas garantías que cobijan vuestras casas y hacienda, vuestros títulos de la deuda. Ese mal ejemplo, esa ociosidad, tendrá atados los brazos á hombres de nobleza, que sienten el aguijón del deber social.

Está desprestigiada la política á cuenta de los prestigios de la comodidad, del vivir muellemente y sin disgustos; sin que obste nada en contrario para sentir el calofrío de lo sublime á los acordes de la *Marcha de Cádiz*.

De la religión no se hace la entrañada virtud que vivifica. Se anda buscando al pueblo por los campos de la sociología, por otros lindes y veredas, porque no se le encuentra en la Iglesia; se multiplican las fundaciones y las asociacio-

nes de pietismo y no se edifica sobre la instrucción profesional de la fe viva, que da obras de fruto; cada día se reza más, se procesiona más y hay menos virtud religiosa y es más difícil conocer á un cristiano por la señal que le puso Jesucristo, porque sepa amar.

Que quede aquí cortada la tela, para continuar luego, porque ahora hay que observar cómo, de esos elementos, ha podido surgir un falso problema religioso en la vida política y en cambio estar en silencio, dentro de casa, un problema serio, esencialmente religioso.



Estas cuestiones, que tienen, como el arte, su geografía, hay que mirarlas sobre la tierra que se pisa. Es indudable que hay acción refleja, trascendente, de la política á la religión, de la religión á la política; pero también lo es que la vida política y la vida religiosa están deslindadas y que ha de haber una independencia de desahogada amplitud, compatible con inteligencias y concordias, en la vida de relación, del poder espiritual con el temporal.

Pero esta es la política, en sus relaciones con el orden religioso, en un grado de consideración alta.

La política tiene luego el aspecto menudo, el trajín de las luchas por un ideal humano, las contiendas de los partidos. Y en este campo de la acción política, por razones de historia, de tradición, de dinastismos, en España viene mezclándose, en hora mala, la religión con el interés político; y al asomar las tendencias nuevas han sufrido la matización de un estado psicológico nacional, muy específico. Me entendéis que estoy refiriéndome al tan manoseado pleito del liberalismo en España ¡un verdadero rompecabezas! Y no hay más remedio, y lo hago con repugnancia, que llegar ahí para tener la tracería exacta de estas cuestiones político-religiosas, en nuestro país.

Maldita mezcolanza de la política con la religión, hecha y mantenida por enormísima culpa de falsos definidores y de otro lado por un sectarismo de barbarie. Se juega con lo sagrado de las cosas de arriba, poniéndolas de banderín, para intereses humanos, de cosas de abajo. Y la Iglesia no tiene partidos, ni la religión puede comprometerse en la suerte y en los días de las cosas que pasan.

¿Qué significación podrá tener en una nación, de diez y ocho millones de católicos, con una disidencia indiferente apenas contable, el que se hable de partidos católicos y que á nombre de ellos se riñan batallas? Así sucede que, en las elecciones generales, esa acción político-religiosa de partidos, lleva al Parlamento media docena de diputados católicos y unos cuantos, dos ó tres, senadores católicos, aparte los Prelados, que no se meten en cuenta.

Del mismo modo se anda en el empeño de tener prensa rotulada católica y círculos, imprentas y hasta agencias de telegrafía católica. ¡Un abuso del vocablo!

Y todas esas organizaciones flaquean, no resisten la vida. ¿Por qué ha de padecer, con su efímera existencia, el nombre, la realidad de la religión?

Por otra parte, en ese mismo terreno de la acción político-religiosa, todavía se discute, y es raya que divide criterios y sostiene programas la ardua tesis de cuál será mal menor, para quien padece dolor de cabeza, si cortársela ó aplicarle curación y remedios. Y hay respetables opiniones á favor del radicalismo. En esa faena, embargada la acción político-católica, ha sido sorprendida por los avisos de dolorosa realidad.

Nada con los liberales dicen de un lado; y los mejores, los que entienden estar en lo firme y en lo católico monopolizado, reciben del liberalismo y buscan del liberalismo, mercedes, garantías, prebendas, cátedras, etc., etc.

Y se llegó, yo soy testigo, á pedir á Dios por la conversión de los Obispos y de los curas *liberales*.

Somos el liberalismo, dicen los otros, los que tienen oratorio en casa, y nombran canónigos, y llevan á sus hijos á Deusto, y cumplen con la Iglesia y quieren que los entierren en sagrado; y les cantan el *Te Deum*, en la iglesia de su lugar, cuando los hacen ministros del Rey. Y de estos mismos, de sus agrupaciones políticas, sale el programa anticlerical y cifran su progresismo, el meollo de su liberalismo, en la reforma del Concordato, en someter á los frailes á la ley común y en declarar obligatorio el matrimonio civil.

Oiréis hablar de la supremacía del poder civil, á propósito del vaticanismo, que dicen que nos ahoga, á los mismos que no sueltan las regalías.

Hay que dar la batalla á los clericales, el clericalismo avanza, que se atreva el Gobierno, la ley de Asociaciones, el Concordato, la libertad de cultos, la libertad de conciencia. La reacción, la reacción, ¡el tópico magno, huero, de soberana insipiencia!

Ya tenéis planteado, con esa confusión de ideas y de palabras, el problema religioso en la política: un problema que no existe, que no tiene realidad en ese terreno.

¿Y dónde está, en qué consiste ese problema religioso?

¿Quién lo plantea? ¿Quién está tiranizado, en este país, por sus ideas religiosas, el país más puesto en libertad en el mundo? ¿Cuántos son los que piden otros cultos, otras iglesias?

Los de la conciencia oprimida, ellos lo dicen, los que no respetan las manifestaciones del culto católico, los que no van á misa, los que padecen lo insoportable de las campanas de nuestras iglesias, los que traen en danza á curas y frailes, son los que reclaman la libertad exterior de las creencias, los signos exteriores, los rótulos en los frontispicios de las capillas disidentes, las campanas láicas, los entierros y bautizos civiles.

Que la ley civil les diga que pueden ser ateos, irreligiosos, protestantes. ¡Qué espíritu religioso más acendrado y hondo!

El mérito, la profesión, sería serlo á pesar de la ley civil.

No ven ustedes que hoy no tienen esos espíritus, tan religiosos, libertad para nada, que la intolerancia clerical dominante tiene atado el pensamiento en la prensa, en la cátedra, en la calle. ¡Si no se puede vivir! Vengan los signos exteriores, las campanas de los templos disidentes, los sermones de los pastores protestantes, la procesión de la heterodoxia.

Y seremos europeos, libres, cultos, quedaremos *desmedializados*. Lo piden..... los que no tienen religión. ¡Si aquí no hay libertad para no creer!

Ese es el problema religioso. Al que ha de añadirse eso otro de las asociaciones, el contar, los gobernadores civiles, los frailes y las monjas que hay en España, el revisar la regla de San Agustín y de San Benito los inspectores de policía ¡un entretenimiento! y el Concordato..... el Concordato.....

¡Es una cuestión tan nacional!

La opinión nacional no se preocupa de otra cosa. Está ahí, la felicidad de la Patria.



Venía mal año para nuestros montes. En una zona extensa, la lagarta asaltó las encinas y al asomar los tallitos nuevos los devoró rápidamente. Otra plaga, unos *bichitos* que babosos extendieron sus telares, entre las ramas, cooperaban también á la destrucción de los frutos, que venían en espléndida muestra.

La ganadería, la riqueza de nuestros campos sufre grandes daños. Los renteros ven mermados, sus afanes y sudores, con estas intermitencias, insistentes, en las pérdidas de sus cosechas; en muchos miles de duros se puede calcular la disminución de esos frutos, en malos años.

Con lágrimas en los ojos miraba, nuestra honrada y trabajadora gente del campo, á las encinas enfermas, mustias, heridas al brotar la esperanza del año. Y así, fiándolo todo á

su resignación, á la incertidumbre de un recio vendaval y aguacero que se llevase por delante la semilla del mal, que tirase á tierra los capullos y las telas de araña..... ponían su fe robusta en la mano trabajadora, sus quejas en los cantos y aradas, sus consuelos arriba, en Dios.

Estaba sentado á la puerta, en el escaño de piedra, fuera del voladizo, el Sr. José Manuel. De vez en cuando echaba la vista al monte; miradas de cariño y de agobio. Hacía sus cuentas: los cochinos comprados á *tanto*, la muestra que había en el monte, la pingüe montanera..... ¡un año redondeador! La pícara lagarta, el bicho malo, la ponzoña..... todo *comio*. ¡*Derrotao* el monte! Y el mozo *soldao* y la contribución que ahoga, los *ganaos* perdidos; y el amo y el administrador apretando y subiendo las rentas.

Y tenía entre las manos un papel. Cuando bajaba los ojos, leía trabajosamente. Era un papel de Madrid, que rezaba de política, y decía que ya había libertad de cultos..... y que estaba triunfante la *desmediatización*.

—Una cosa *mu buena* debe ser esto, decía para sí, el señor José Manuel.

El papel contaba y no acababa: «Las potencias nos admiran; ya entramos en el concierto de los pueblos libres, los inquisidores son derrumbados..... la libertad de conciencia, la *desmediatización*.

—Una cosa *mu buena* debe ser esto, repetía el Sr. José Manuel. ¿Si se matará con eso la lagarta y el otro bicho malo?

—¿Qué hace V., Sr. José Manuel? Pues ahí tiene usted, *leendo* el papel, que viene bueno. Dice que nos hemos *desmediatizado*. Casi ni puedo pronunciarlo. Y esto debe ser para mejorar estos montes *entristecíos* y *malrotaos* por la lagarta.....

Con esta pobre gente, sufrida, trabajadora, contribuyente y honrada, no se cuenta para hacer, la felicidad del país, á cuenta del problema religioso.

Pueblo sanote, labradores y ganaderos, gentes castella-

nas y buenas, vosotros no amenazáis con la revolución; pedís un sistema de alivio de gabelas é impuestos, un régimen agrario que os permita vivir y dar pan á vuestros hijos, una justicia social que repare enormes desigualdades, un amor que acerque á señores y colonos, que distribuya las tierras..... no pedís que echen á los frailes, ni que os dejen ser judíos ó budistas.

Lo que pedís es, que echen á los granujas y que desaparezcan todas las plagas, hasta la de los explotadores de palabras retumbantes y huecas.



Así están las cosas á la hora presente. Una confusión formidable de ideas y de pasiones; una falsa posición politico-religiosa; un problema, de orden de relación, bautizado con un nombre que no dice la sustancia de su contenido. Y en la algarabía de la contienda y en el estiaje de una política enmarañada y estéril, puestos, los ojos y las manos, en asuntos que, si por un lado, son de derecho público, tienen, en las leyes constitucionales del Estado español, derivaciones religiosas.

Dejemos á la acción política, á la diplomática, á la popular que intervengan y resuelvan. Y quiera Dios que no desentonemos.

Y recogido el sentido y, sin romper toda ligadura ó parentesco con ese hecho real, exteriorizado en el momento actual político, con más viveza, miremos hacia dentro; aquí, en nuestro vivir religioso, encontraremos serios problemas, de los que sistemáticamente se quiere alejar el pensamiento, y se tiene por atrevido y descabellado el ponerlos á discusión cuando todos los sienten, los tocan con sus manos y se duelen del mal en jeremiacos trenos.

Toda la fuerza del sentido religioso se pone en las cosas exteriores; hay un estado de frivolidad religiosa. La religión que es virtud, que es poder, que es conciencia, la reducimos á profesión nominal: de sus prácticas se alejan los creyentes,

los inscriptos en sus padrones; somos los más, si ha de creerse al censo, y estamos reducidos á una mínima existencia de realidad religiosa; se profesa una doctrina que no se estudia, que no se incorpora á nosotros. Hay sinnúmero de inconscientes. Se ha podido llegar, por un montón de circunstancias, á la gran vaciedad espiritual de vivir sólo del nombre de católico, dejando lo demás, lo interno, lo vivificante, para los pacatos, para los débiles, para solaz y pasatiempo de mujeres. Se ha llegado á tener en menos el ser religioso, el entender la religión, el vivir la religión.

Y para esa otra gran masa, de futilismos piadosos, se evaporó también el hondo, el entrañable sentido de la religión. Yo tengo copiada al pie de la letra una escena: se trataba en una ciudad de iniciar una restauración de vida de Iglesia, y se proponía la publicación de una Hoja semanal, gratuita, que divulgase el Evangelio. Pues bien, señores, personas de viso entre las piadosas, de las que no puede dudarse en estas materias, reflejaron el generalizado ambiente, temían que la Hoja resultase *insípida*, que no tendría lectores. Ahí hemos llegado, yo bien sé por qué caminos.

¡Qué casta de lecturas espirituales, qué baratería de lecturas, de esas que llaman de combate, burdas, de grueso calibre, no se habrán extendido para lograr un paladeamiento, de tan pésimo gusto, que no encuentra dulce, ni sabroso, ni divino, el Evangelio!

Dejádmelo decir, aquí, en vuestra bondadosa atención, sin agravio para nadie, en defensa de la verdad. Si la misma predicación, si el apostolado de la palabra es también así, de ausencia de Evangelio. ¿No veis con cuánta repetición se observa que, puesto por delante el versillo, el texto de San Juan ó de San Lucas, el orador dice «ahí queda eso», y se va por los campos floridos de fácil y huera elocuencia, ó se echa en brazos de la historia, de la política, de la profanidad?

Contra todo lo que pueda afirmarse y sostenerse en contrario, yo juraré que así se ahuyenta al sentido religioso, se

hace débil la fe, nula la instrucción religiosa. Al pueblo hay que atraerle con el verbo, con el espíritu, con las cadencias amorosas del testamento de Cristo.

He ahí un problema religioso de punta á cabo, de entraña religiosa, que no lo ha de resolver la política ni la diplomacia: lo hemos de resolver, con alma y vida, los que tenemos esa fe que traslada las montañas. Es algo más sustancial que el andar en fáciles manifestaciones de protesta: exige más virtud religiosa que unas firmas de sonoridad. Pero de él ha de venir la realidad al nombre, si éste ha de ser algo más que un sonido agradable.

¿A qué profeso de una idea religiosa le puede ser indiferente el conocimiento de la doctrina de su fe? Preguntad á los protestantes, no á éstos que en España se hacen protestantes ó judíos para casarse por lo civil ¡que se dan casos!, á los protestantes de buena fe, y de ciento, noventa y nueve saben su ley, su Biblia, sus deberes y su conciencia.

La literatura religiosa merece una inquisición sabia, implacable, que no deje por expurgar novena, ni hoja volandera, ni libro, ni revista.

Estoy tocando al periodismo, asunto de gran incitación para mí. ¡El periodismo antonomásticamente católico!

¡El seglar metido á adoctrinar en materias de fe y de disciplina, á hacer desde el parapeto del periódico conciencia cristiana! ¡Y hay sacerdotes que admiten, que toleran esos maestros en jurisdicción tan suya, únicamente suya!

Yo hablaría largamente de la misión de la prensa; de cómo puede cooperarse desde el periódico á la acción de la Iglesia: de cómo no es oficio de clérigos, y de cien cosas más; pero temo que estos senderos vayan abriéndose en multiplicación, y antes de empezar á conversar con vosotros, señores, he hecho voto de no fatigaros.

Sólo eso que he dicho; que se quite el paño al falso púlpito del periodismo; que se quite el signo exterior, ya véis si

voto contra Canalejas, de lo católico; y que el periódico sea periódico, sin otro magisterio.

¡Mirad qué herejía, qué cobardía, no quiero que se dé la cara por Cristo! ¡Cuántas veces han intentado injuriarme así! ¡Es verdad, quiero para mí fe, para mi religión, para mi Dios, el espíritu, el alma, lo que vale más, lo que es más en mí; no quiero papelerías ni apostolados sin unción sagrada!

Repetiré la misma suerte. Quiero también que el sacerdote sea sacerdote, y el fraile, fraile. Ya no os escandalizará esta frase. ¡Quién podrá sentir injuria, ni ofensa de decirle que sea lo que es, que lleve su ministerio, que en el orden admirable de la Iglesia ocupe su puesto y realice su vocación!

Os estoy brindando el problema religioso por dentro.

Y mirad cómo eso que suena y mete ruido, en la vida política, lo de los signos exteriores para los cultos disidentes y lo de las órdenes religiosas, tiene su arranque aquí, dentro de la vida de la religión. Ha salido fuera la exteriorización, la futilidad.

Nos han provocado esos autos y expedientes con cierta malicia: se han enterado de nuestra flojera interior.

Estamos, ya lo he indicado, muy aferrados á los rótulos, á los signos exteriores, á la nomenclatura, faltos de espíritu. Yo no defiendo ninguna violación de la ley constitucional del Estado, ni otorgo mi *placet* á nada que sea irreverencia, falta de respeto, á la Santa Sede. Lo que quiero decir es que nuestra profesión religiosa, nuestra virtud religiosa, si es fuerte, si es firme, si es verdadera, no debe estar á la ventura de una ridícula interpretación del Diccionario de la lengua, dada por el Presidente del Consejo de Ministros.

Hagamos conciencia religiosa, vivamos la fe.

Sucede, insistiendo más en esas ideas que voy insinuando, que en una ciudad, cualquiera, elegidla vosotros, de las más nombradas por su catolicismo, en la que continuamente se estén exteriorizando los votos religiosos, en la que se le-

vanten muchos templos y fundaciones, en la que fácilmente puedan organizarse centros de acción social católica, en la que se hagan procesiones fastuosas, que en la vida, en las costumbres, no reverbera esa fe voceada, por lo visto, sólo con los labios. No se vive cristianamente, no hay vida de costumbres limpias: si os enteráis un poco de cómo están las cosas, apartaréis vuestros ojos de tanta *cochinería* y falta de sentido moral.

Se pregona mucha religión y no se vive la religión.

Viene á punto que yo traiga á relación esta noticia. En el movimiento actual religioso en Francia, hay, ya lo sabéis todos, una agrupación interesantísima, una juventud briosa, los «sillonistas». De ellos se critica y se murmura mucho, cargándoles el *sambenito* del modernismo. Un ilustre Obispo francés, no concordatario, ha dicho de los sillonistas: «Lo cierto es que estos jóvenes valerosos é inteligentes, practican su fe, viven la religión, son de vida honesta y de costumbres sanas».

Por ahí puede empezarse una restauración social sólida. Si empezamos á construir fachadas y tejados sin cimientos, viviremos vida de ruina.

¿Vives bien, practicas, tienes caridad, amas? Entonces la religión es en tí virtud, no es un nombre.

Ese es el problema.

Hombres del siglo, discutidores sosegados de corrillo de casino, que en esas horas de pereza intelectual emplazáis las cuestiones más árduas del día, no discutáis de religión si no la conocéis, si no la vivís, si sois solamente de los que declaran su fe en el censo y en el padrón.

Si la religión no es incompatible con la hombría.

Si la religión no es la beatería, si la religión no es nada achicado y enclenque, nada de sutilismos.

Urge la instrucción, el saber nuestra doctrina, no de curretillo, no por compendios ininteligibles, abarrotados de teología y ayunos de Evangelio; que de ellos se hace aprender

la letra, poco de espíritu. Hay que rehabilitar el prestigio del sacerdote, hay que sentir la paternidad del cura de almas, hay que devolver á la parroquia su primacía, y vivir vida de Iglesia, que no es lo mismo precisamente que pasarse la vida en las iglesias.

Vuelvo á insistir en que el golpe, del sectarismo político-antirreligioso, apuntando á las órdenes religiosas, no está exento de tino y malicia. Se ha buscado este flanco porque se sabe que estamos sin parroquia, sin vida de iglesia.

La parroquia está reducida hoy á la oficina sacramental, en la que registramos los actos civiles de la vida ungidos por la Iglesia: la oficina, en la que se pagan los derechos y los aranceles para que le quede sólo este aspecto material. El buen cura de almas, el párroco que ha recibido un ministerio tal de la Iglesia, que es pastor de ricos y pobres, no puede extender su mano bienhechora, no le oyen, no le siguen.

Su templo está sin culto, ¡no hay comodidades! Se vuelve desde el altar á predicar el Evangelio y no asisten los fieles á escuchar su palabra; es tan sencilla, tan apacible, ¡tan rancia! La beneficencia parroquial no puede desenvolverse: en las manos del párroco no se depositan las pingües limosnas que fácilmente se encarrilan á otros aspectos de la devoción, á la suntuosidad de suntuosas fundaciones.

Y ese sacerdote, para el que yo pido toda veneración, formado en el sacrificio, en una ruda y desabrida misión, es el que recibe á la entrada de la fe á nuestros hijos, el que ha de ratificar la ofrenda de los desposados, el que ha de poner la cruz bendita en nuestra frente al cerrar los ojos á esta vida. Los pobres aún conocen y saben lo que es el Párroco: es el sacerdote que se llega á ellos, que entra en sus chozas y viviendas de harapos. Es la voz amorosa, maternal de la Iglesia.

No hace falta tener enemiga ni recelos, no significa desviación hacia las órdenes religiosas, planteles del estudio, de la contemplación, de la austeridad, el pedir á voz en grito que

se haga vida de parroquia, vida de iglesia, que el sacerdote recobre toda la línea de su ministerio; que así también se formará la vocación, imperará la vocación sobre el oficio, y se educará y se preparará en los Seminarios para un positivo y real apostolado, poniendo muchas ventanas á la calle, á la vida.

El párroco, venerable, severo, cariñoso, hombre de experiencia, de espíritu, de oración, de abnegación: descubriós á su paso, besad su mano que es la mano pródiga, santa, un-gida de la Iglesia. Así se restaurará el orden y la disciplina y todo estará en su sitio y los cooperadores prestarán eficacia á la fecunda obra religiosa de la Parroquia. Acordáos de las iglesias rurales, de la vida religiosa en el campo: qué acción evangelizadora para los monasterios, para los monjes.

Hay que estar preparados para la contingencia de los tiempos, que yo ahora no juzgaré: si se pierde el amparo oficial, si el Estado deja de ser confesional. De la Iglesia en Francia puede aprenderse mucho.

Volvamos á la sobriedad, demos más sustancia á la vida religiosa, opongamos limitación y coto á la superfluidad, no hagamos del culto artículo de vanidad y de lujo. Si la liturgia, si las ceremonias, si los misterios de la Iglesia, están impregnados de hondo sentido, de expresiones simbólicas, de acentos de poesía. Que se abra el alma á ese ambiente, que goce de esos gozos, y tendrá enamoramiento y conciencia de la sapientia de la Iglesia. ¡Si no se estudia eso, si no se enseña, si no se saborea!

Volvamos á la sobriedad. Este empeño de pasear las procesiones, las imágenes, por lo más bullicioso y mundano de las ciudades, no sé de qué cabezas habrá salido ni para qué almas servirá de alimento y gozo. Esto de engalanamientos, de escenografías, de percalinas y gasas y bombillas, para la esplendidez del culto religioso, será todo lo bonito que se quiera, pero yo he de decir que son como ahuyentadores de la oración y de la piedad verdadera, son como profanaciones,

de manos pecadoras, en lo más serio, en lo más entrañable de la religión.

Es un esfuerzo dominador del mal gusto; del mal gusto que ha de tener grande y cercano parentesco con el diablo para meterse así en las iglesias y en el culto, y hacer un daño enorme.

Que nadie lo tome á mal. Quizás se abuse hoy mucho del mote del *modernismo* para combatir, á veces, con supuestas caravanas de herejes. El modernismo se nos ha entrado en la devoción, lo tenemos en casa.

Volvamos á la sobriedad.



Ibamos los muchachos del barrio, los de la parroquia, á la novena de las ánimas. Estaba muy medrosa la iglesia. La novena se hacía por la noche: esas noches de Noviembre, que son más noches.

En el altar cuatro velas, y por delante del retablo, tapando la hornacina del santo titular, el cuadro de las ánimas.

¡El cuadro de las ánimas qué respeto nos daba!

De marco muy ancho: el fondo muy negro y humoso y con abrazaderas y esquinas doradas, en la moldura. Y la pintura, un borrón, de unas llamas inciertas, de unas figuras de dolor; y arriba algo de luz, de misericordia, de perdón, de cielo...

Yo sé recordar toda la impresión que, en mi alma de niño, dejó para siempre el viejo cuadro de las ánimas.

Mi madre ¡qué huella bendita! nos ponía debajo del coro, en lo más escondido, en lo más á propósito para el recogimiento de la novena.

Subía el señor Cura al púlpito y leía unas oraciones. Y luego, revestido de capa pluvial negra, entonaba un responso. Mientras tanto cantaban unos hombres en el coro, y las mu-

jeros, abajo, llorosas, respondían: «Que Dios las saque de penas... y las lleve... y las lleve á descansar».

¡Qué compunción infantil, religiosa, sacábamos de la novena de ánimas, en la pobre iglesia de la parroquia!

Ahora se saborea aquel misterio del cuadro borroso, se afina el sentido de aquellas quejumbres y sollozos, de aquel untuoso ambiente de pena; la iglesia casi á obscuras, el señor Cura con negros ornamentos, la pintura de las llamas, los ecos lastimeros de los devotos, las lágrimas y la tristeza de la cara de mi madre.

Eso es sentir plenitud religiosa, de carismas de Iglesia.

Las campanas de la parroquia suenan á maternal aviso, á vivir la hermandad del Evangelio, á confortar el alma con estos dogmas, con estas liturgias, con estos rezos tan empapados en sentido, tan humanos y tan divinos.

Yo he llevado á mis hijos á la parroquia; delante del retablo, cubriendo al santo del altar mayor, he visto el cuadro de las ánimas, el viejo cuadro borroso, con el marco ancho negro y las molduras doradas.

¡Qué bien, aún no ha entrado la moda por ahí!

Y he gozado porque he podido hacer sentir á mis hijos lo que mi madre me hizo sentir, en la novena de las ánimas.

Fe robusta, fe sencilla de mis padres, vence tú, triunfa tú! Venga una restauración de vida que haga paladear lo suave, lo profundamente religioso de las prácticas buenas, saturadas de espíritu de Iglesia.

Bien sé que á esto lo llamarán..... modernismo, herejía, atrevimiento!

No faltará algún tonto que diga, que esto es querer entrar á la Iglesia, en las catacumbas.

Yo lo oigo, perdono y sigo mi camino, seguro de que voy bien y en buena compañía.

Lo que caerá será la hojarasca y lo hueco.



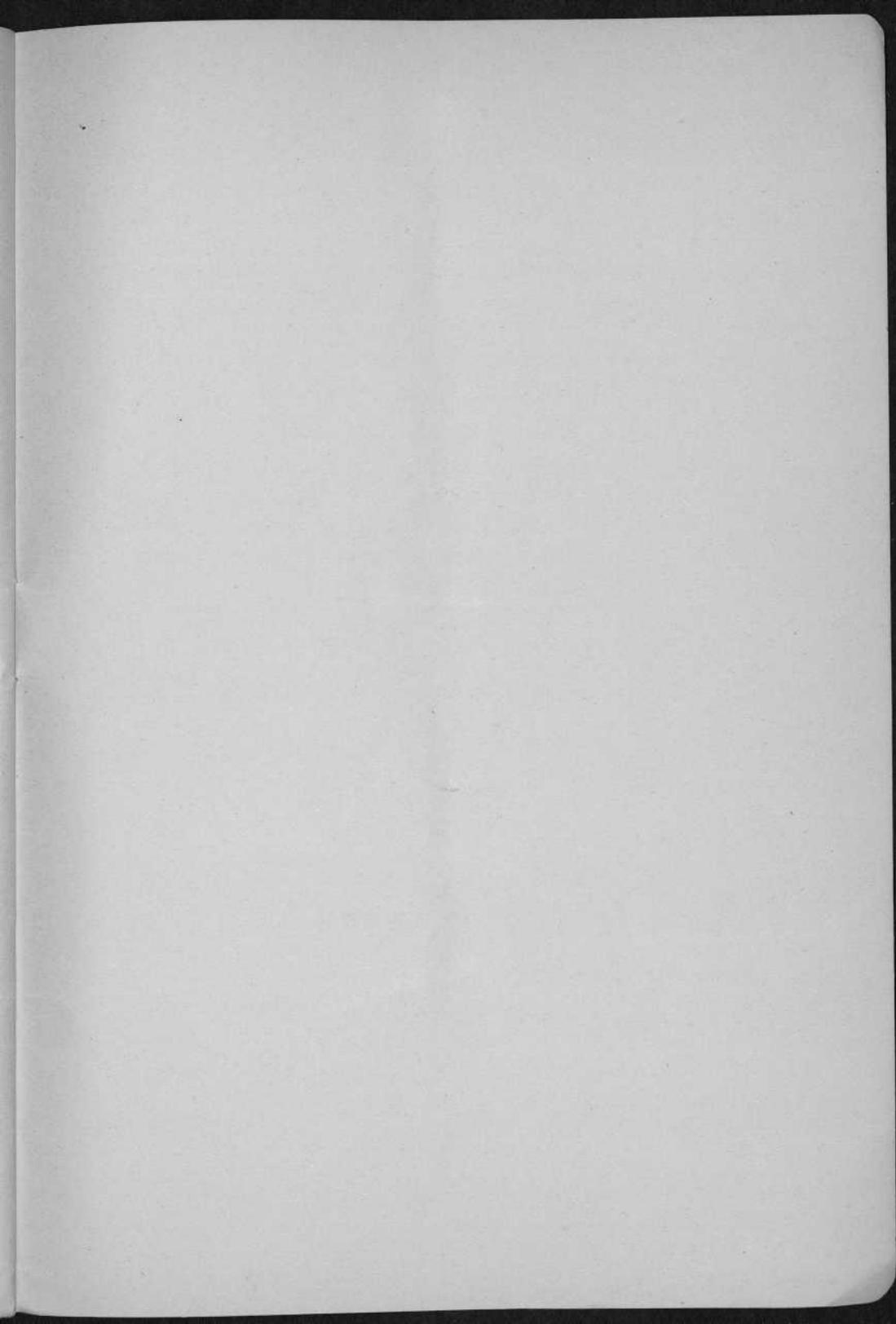
Y ahora me ocurre que me he olvidado, en mi sermón, de los piadosos mayordomos, de estos académicos de ciencias sociales, iniciadores, afortunados realizadores, de este Certamen tan brillante, deslucido tan sólo por mis desafinamientos.

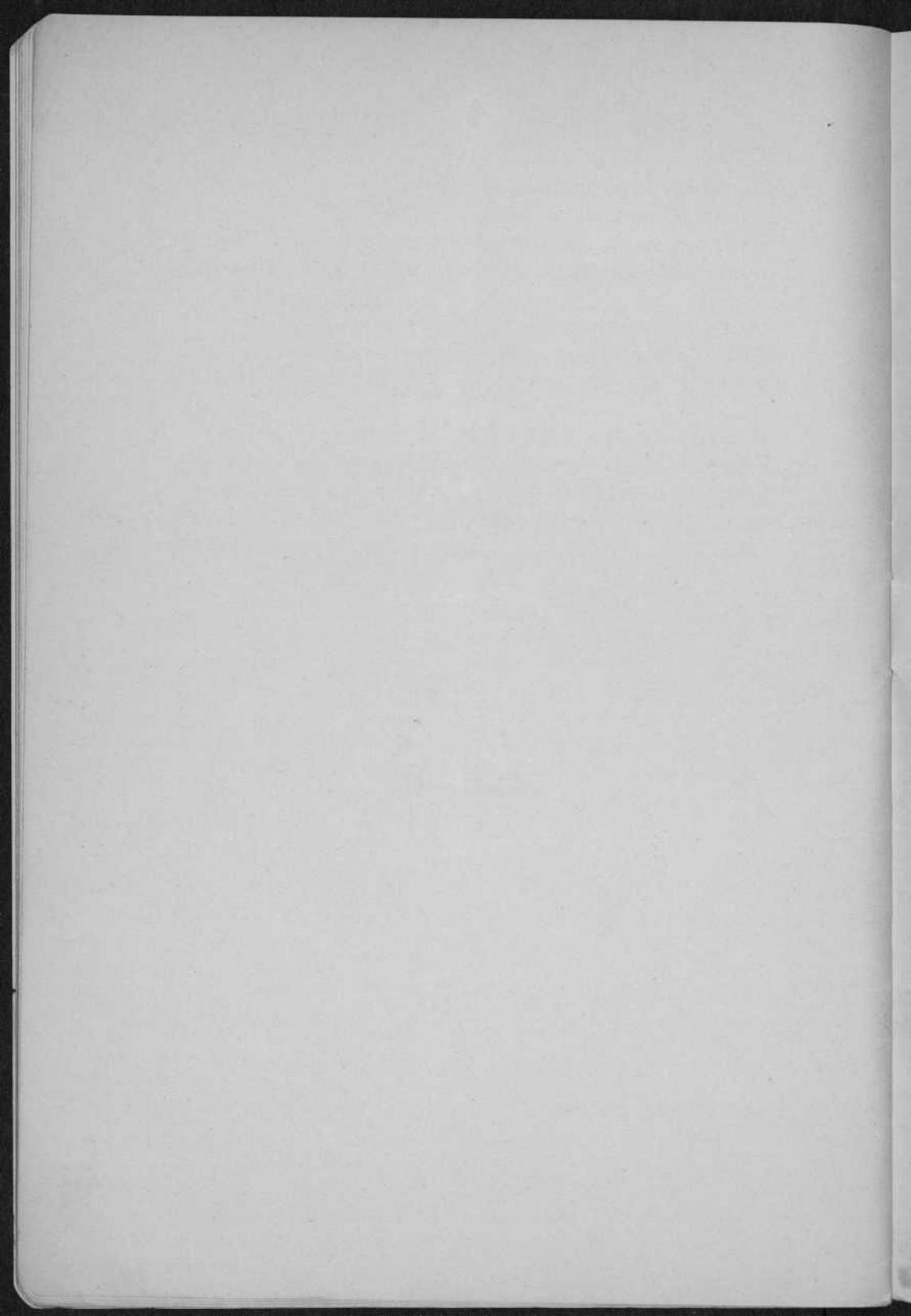
Ya no hay tiempo.

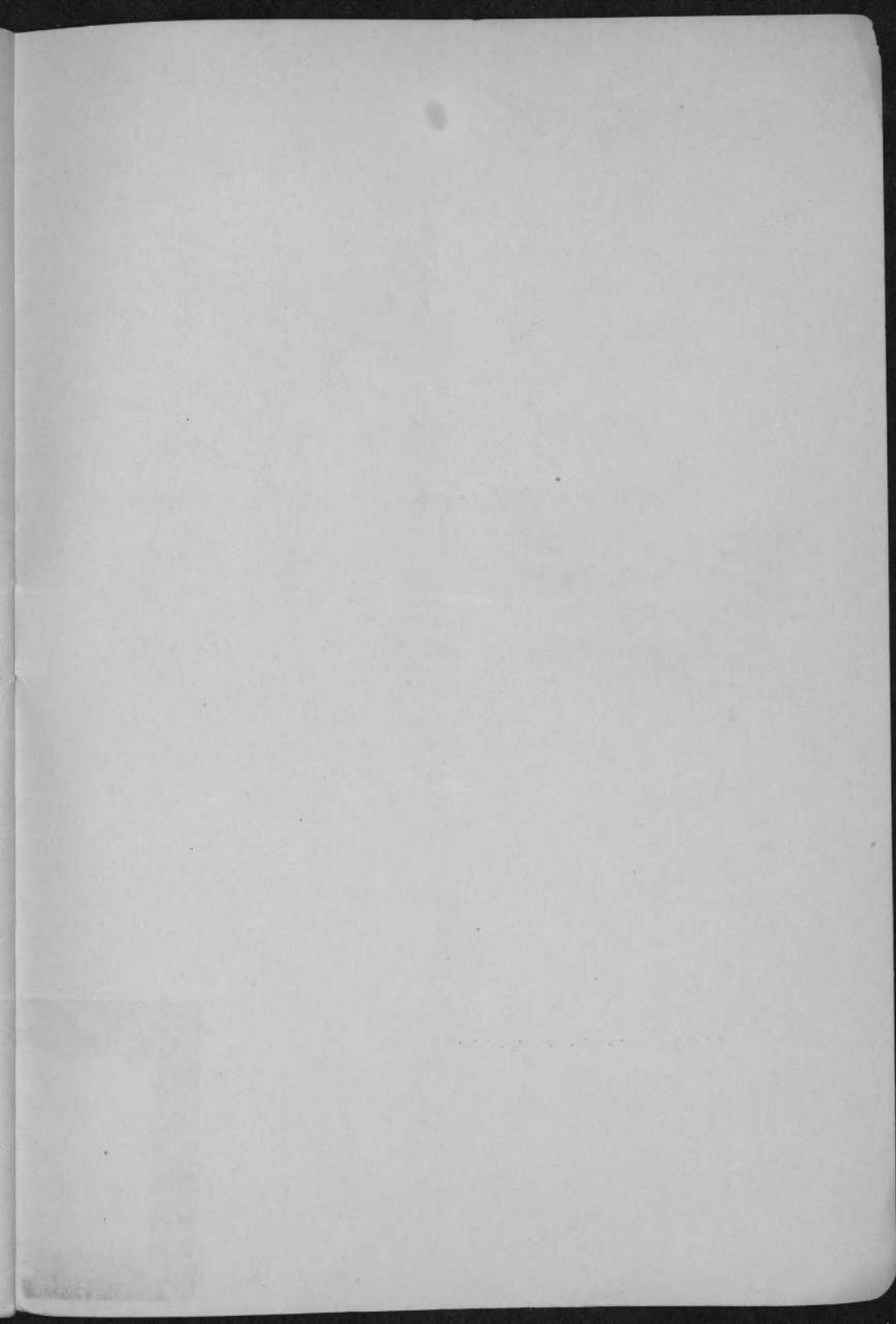
Es ya tarde, amigos míos, para dedicaros elogios y encomiar vuestra labor. Tened en cuenta que he acabado con la paciencia de este auditorio, tan distinguido y tan bueno conmigo.

Por eso yo os diré, en compendioso resumen, todo un discurso, y mis votos y ofrendas por la prosperidad de vuestra Academia; os diré con frase muy castellana, muy charra, de mi tierra salamanquina, «salud para hacer tan buenas obras».









1978  
(18)